

VERDOR Y ANDANZA HISTORICA DEL ECUADOR

Eduardo Mora Anda



EL PAIS VERDE

Los Andes ecuatorianos finjen una escalera. Los peldaños separan fértiles valles templados. Los soportes laterales hacen dos filas indias de nevados deslumbrantes. Valles de trigales y pastos, de manzanos y capulíes, de eucaliptos y sauces. Valles abrigados como los de Ibarra, Ambato, Tumbaco, Gualaceo, Vilcabamba. Altos, fríos y fertilísimos, propicios a la ganadería, como los de Machachi y

Cayambe. Calurosos : los de Ghota y Catamayo.

En cada valle hay un río y los ríos corren abriéndose paso por entre las montañas, unos hacia las plenitudes del despejado litoral, otros hacia el embrujo de la selva oriental. Y así queda señalada la doble vocación de los ecuatorianos: hacia la costa del azul-Pacífico y hacia la Amazonía cautivante.

La costa es ancha, ubérrima, generosa. Costa de plantaciones de banano, abacá, caña de azúcar, cacao. Costa de arrozales y manglares. Costa de guayacanes, panzudos ceibos y utilísimos palos de balsa. Es un placer viajar por una recta y pavimentada carretera entre el verdor desbordado de este trópico benéfico.

El oriente, como suele llamarse la parte ecuatoriana de la selva amazónica, tiene ese misterio de los parajes ignotos: ríos calmos y anchurosos y una especie de silencio hermosamente acentuado por los intermitentes zumbidos, silbidos y ceceos de los bichos tropicales. Selva de plantaciones de té y ganaderías, de intrincada vegetación y torres para obtener petróleo, de clima tórrido y lluvioso.

Pero, además, las Islas Galápagos: un tesoro en donde Charles Darwin se inspiró para desarrollar su importantísima teoría de la evolución de las especies. Ambiente nada turbado y cuidadosamente preservado (las islas son parque nacional al cuidado de la fundación científica "Charles Darwin"), clima ideal, especies animales únicas en el mundo (mansísimas iguanas, tortugas gigantes, inocentes pinzones, graciosos cuervos marinos), paisajes irrepetibles.

LA ANDANZA HISTORICA

Hacia esos lares ecuatoriales, en tiempos ignotos, se dirigieron las balsas de los osados polinesios y asiáticos que felizmente toparon las costas del Guayas y las riberas manteñas. Gentes audaces, de nombre y procedencia ignoradas, desvanecidas en las leyendas, que constituyeron las primitivas culturas del país ecuatorial: Valdivia (3.200 a 2.000 AC), Chorrera (1.8000 a 800 AC), La Tolita y Jama Coaque (500 AC a 500 DC), Manta (500 a 1.500 DC), Cuasmal y Cashaloma (entre 1.000 y 1.500 DC). Culturas de las que sólo nos han llegado los sugestivos perfiles de sus esculturas y alfarería, sus joyas, sus querencias, el misterio en el que asoman y desaparecen.

Luego, la aventura de la cordillera y

la aparición de comunidades de altura, que se desarrollaron hasta constituir las tribus de los imbayas, caranquis, otavalos, quitus, o shiris, panzaleos, puruhaes, cañaris, paltas.

La expansión incaica tropezó con esas tribus, que le opusieron feroz resistencia. Más que por guerras, la fusión del país con el Incanato se logró por amor: mediante el matrimonio de la princesa quiteña Paccha con el emperador Huayna Cápac. El hijo de ambos, Atahualpa, fue el último monarca del Tawantinsuyo.

Después: España. Los audaces peninsulares, impulsados lo mismo por el afán de riqueza que por el celo evangelizador, fundaron ciudades, erigieron cabildos, levantaron templos y conventos. Trajeron el buey y el caballo, el gorrión y la mula, el manzano y el durazno, la manzanilla y el trigo, los rosales y los geránios. Hicieron verdadera obra de colonización, aunque cierto es, superpuesta a la sometida y enervada sociedad indígena que fue duramente explotada.

Y entonces le ocurrió a Quito una de las mejores cosas que le pudieron pasar: los franciscanos fundaron una escuela de artes que generó la aparición de la pintura, la escultura y la imaginería quiteñas, parientes cercanas, primas hermanas del movimiento artístico cuzqueño. Pintan entonces Miguel de Santiago. Esculpen donairosas estatuillas y figuras, Caspicara, Pampite, Bernardo de Legarda, Olmos. Vocación estética del Ecuador, que ahora se renueva en las modernas generaciones de pintores y en las habilidosas manos de los artesanos de Cuenca y Azoques, de Montecristi y Jipijara, de San Antonio de Ibarra, que hacen la primorosa cerámica, el fresco sombrero de toquilla, la talla de madera. La artesanía ecuatoriana actual, desciende directamente de la imaginería colonial.

Quito, níveo belén que descansa en un verde declive, descuella por la imponente fábrica de los conventos y el complicado diseño de sus barrocas iglesias. El templo de la

Compañía insuperado en América, tiene el interior completamente dorado, en pan de oro, y la pétrea cara cincelada en un increíble bordado que entremezcla lo mismo, modelos europeos y salomónicos con elementos indígenas, autóctonos.

En Quito exhiben las artes, en la castellana Cuenca las artesanías y las letras, en Guayaquil el bullente comercio. La hermosura de las playas, bordeadas palmeras, la encontramos en Manta, en Bahía, en Salinas, en Atacames. La tradición indígena, renovada y próspera, en la pintoresca Otavalo.

El genio de Eugenio Espejo -valga la cacofonía- alumbró los sencillos tiempos coloniales. Espejo fue el primer periodista de Quito, intuyó lo que Pasteur halló, los microbios. Luchó por la independencia en sitio adelantado. La época española del padre Juan Bautista Aguirre, las caridades de Santa Mariana de Jesús.

El 10 de agosto de 1809 los patriotas quiteños intentaron por primera vez la separación de la España generosa que parió tantos pueblos y regó por el mundo su cultura y su ardiente fe cristiana. La brillante generalización de esos separatistas fracasó en sus tempranos empeños y fue sacrificada, casi en su totalidad, el 2 de agosto de 1810.

La independencia ecuatoriana sólo se consolidó en la batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1822.

Se pueden tejer numerosas teorías sobre el significado de la independencia de los países hispanoamericanos. Don Miguel de Unamuno afirmó que aquello no fue más que una guerra civil. Otros han hablado de dificultades de comunicación entre la metrópoli y América, de la diversidad de intereses de Madrid y de sus capitanías y audiencias allende el océano, de la lucha por los cargos y privilegios entre los peninsulares y los criollos. Algunos se han inclinado por exaltar una especie de idealismo regional que sólo parece

asomar en personalidades como la de Sucre. Olmedo cantó a Bolívar e interpretó sus victorias como la liberación de los indios, pero esta manera de traducir las acciones de la época creo que no tiene asidero. También se asevera que la independencia fue promovida por el Gobierno imperialista de su Majestad Británica, ansioso de nuevos mercados y mayores zonas de influencia. Creo que la mayoría de estas teorías tienen bastante de verdad y que entre sí se complementan. Rechazo por principio el recurso de la guerra y, ubicándome más allá de las comunes loas, que no explican nada y allende la ingenuidad de pensar que todo lo español era malo y que bien e independencia era sinónimos, pienso que ésta sólo se justificó en la medida en que respondió a las necesidades de autonomía que se suscitaron dentro de un conflicto de economías y prebendas obsoletas.

Con la batalla de Pichincha el Ecuador pasó a integrar la Gran Colombia de Simón Bolívar, como Departamento del Sur. En 1830 la obra del genio se hizo pedazos. En la época española todos los americanos de habla castellana se consideraban y sentían compatriotas. Desde la independencia hasta nuestros días, en cambio, nos hemos atrincherado, con notable miopía histórica y avaricia, en una serie de repúblicas atrasadas y débiles.

De la historia republicana del Ecuador creo que vale recordar lo principal y bueno: las escuelas del Presidente Vicente Rocafuerte, las carreteras, colegios y universidades de don Gabriel García Moreno, al ferrocarril de Alfaro, la poesía de José Joaquín Olmedo, Remigio Crespo Toral y Jorge Carrera Andrade, la prosa de Juan Montalvo, la gramática del Hermano Miguel, la "Historia" de Federico González Suárez, la santidad del padre Yerrón, el ordenamiento institucional y bancario de Isidro Ayora, la música de Salvador Bustamante, las novelas y los cuentos de Pablo Palacio, José de la Cuadra, Angel F. Rojas y otros, la obra cultural de Benjamín Carrión y Pío Jaramillo Alvarado...

Ahora el Ecuador, como los otros países de la América Hispana, se halla frente al reto de superar la incultura, la pobreza y el atraso tecnológico y ante las exigentes posibilidades de vivir la democracia. Todo lo cual exige fe y meditación, poderosos y enaltecedores programas educativos, maduración ani-

mica hacia formas más responsables, más coherentes y sencillas de organización social en libertad, e integración personal, familiar, nacional, fronteriza y regional.

El país verde y una zona querida de la esperanza: de ahí el Ecuador.

